

# El hombre que vivió en el infierno

JAIME EDUARDO JARAMILLO\*

**Ernesto Sábato, *Entre la letra y la sangre*, (Conversaciones con Carlos Catania), Seix Barral, Bogotá, 1989.**

La vida y la obra de Ernesto Sábato constituyen una de las expresiones más lúcidas, sinceras y apasionantes de la trayectoria desgarrada del hombre en el siglo XX. Sábato es tanto un "testigo insobornable" de nuestro tiempo (tal como denomina a un coetáneo suyo, Jean Paul Sartre), como un actor excepcional, por participar en movimientos y coyunturas en que se ponían en cuestión los fundamentos mismos de nuestra civilización y se buscaba crear nuevas bases —científicas, políticas, éticas, estéticas— para la humanidad del futuro.

Ernesto Sábato (La Rioja, Argentina, 1911) estudia Matemáticas y se

doctora en Física, cuando descubre, deslumbrado, "el universo platónico" confiriéndole temporarily el arraigo, la certidumbre y la tranquilidad espiritual que han sido en su vida, según lo confiesa reiteradamente, una meta, a la larga, ilusoria. Este muchacho honesto y trascendental, a quien angustia la suerte del hombre en su época, adhiere al anaquismo y, después, al marxismo, adquiriendo con ello, son sus palabras, "la conciencia de la justicia social". Tras la desilusión política y moral, en aquel adolescente que busca, como algunos de sus más jóvenes héroes de ficción, "eternidad y absoluto", ante la brutal realidad de las purgas estalinianas, Sábato regresará a sus disciplinas científicas. Tendría así el privilegio, excepcional para un investigador del Tercer Mundo, de trabajar en el laboratorio Curie de París, viviendo desde dentro el advenimiento de la era atómica, cuando estos científicos "preparaban sin saberlo el apocalipsis nuclear". Llevando en París "una

vida doble, entre la física y el surrealismo", frecuentando entonces el círculo de André Breton, redescubre su nunca silenciada vocación artística. Así, a los treinta y cuatro años abandona su profesión de físico, para dedicarse al ensayo y a la literatura. De ello son expresivas obras de pensamiento sugerentes, eruditas y apasionadas, como "Uno y el universo", "Hombres y engranajes" "Heterodoxin", "El escritor y sus fantasmas", "Conversaciones con Borges" y "Apologías y rechazos". Por otra parte, en más de treinta años de exigente actividad literaria, escribe su tríptico novelístico: "El túnel", "Sobre héroes y tumbas" y "Abbadón, el exterminador", donde desfilan sus obsesiones, sus sueños, sus temores y delirios, sus opiniones y esperanzas más caras.

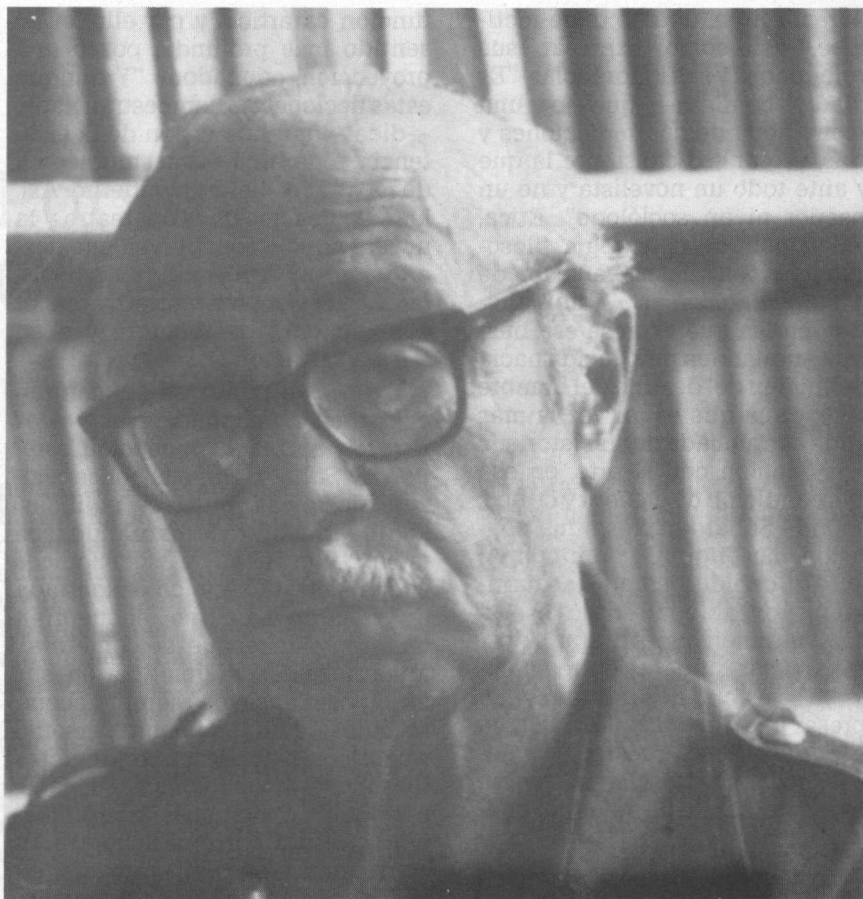
Y es con este actor y artífice singular de nuestra época (Ernesto Sábato es considerado como parte de aquel grupo excepcional de novelistas hispanoamericanos, descubiertos por la crítica mundial de la década del sesenta), con quien

\* Director de Sociología, Universidad Nacional.

sostiene un diálogo sávido y elítico, descarnado y revelador, Carlos Catania, escritor argentino, viejo amigo del novelista y amplio conocedor de su obra. Allí, en once densas "jornadas", con la sintaxis libre y coloquial del lenguaje oral, el entrevistador nos sumerge en un apasionante viaje por el universo de Sábato, dándonos a conocer sus vivencias como escritor y sus opiniones como crítico; su acercamiento al problema del lenguaje; su filosofía política y su "metafísica"; sus opiniones sobre la naturaleza de la ciencia moderna, sus supuestos éticos y epistemológicos y sus consecuencias, sociales, existenciales y políticas; sus concepciones pedagógicas; su visión particular del mundo oscuro de los sueños y las premoniciones; sus conceptos acerca del tango y el ser del argentino, entre otros temas tratados siempre con sabiduría e independencia crítica.

Uniando al personaje de carne y hueso con el pensador y el artista, Sábato se nos presenta en este libro como uno de los últimos representantes de la tradición humanística de Occidente, para cuyos mejores cultores, arte y ciencia, contemplación y acción, ética y política, pensamiento y valoración, aparecían como momentos opuestos pero necesarios de una vida y una obra, vividas y construidas con pasión, tenacidad, genio y responsabilidad.

En su agitado trasiego existencial, y en su faena ensayística y literaria, tal como aparecen en esta mirada retrospectiva que el propio Sábato arroja sobre sí mismo, puede seguirse la indagación de este latinoamericano universal, en algunas de las dimensiones esenciales del hombre contemporáneo. En su conversación autobiográfica alude, en primer lugar, a aquella dimensión del ser humano que los románticos designaran como el "mundo de la noche". Aquel universo donde rigen las mitologías y los símbolos más arcaicos, los sueños y las esperanzas seculares de la humanidad, los fantasmas colectivos y personales y, en particular, aquella dimensión "infernál" que autores tan disímiles en sus opciones filosóficas como Maritain y Jung, caracterizarían como expresiva de muchas de las obras más significativas del arte



*Ernesto Sábato: huir del manoseo de la fama.*

moderno. En esta misma indagación, Sábato se refiere a esos "universos paralelos", a los cuales la conciencia del hombre puede acceder imperfectamente en los momentos límites de la mística, el sueño, el rito, la locura y la creación artística.

Pero Sábato, espíritu verdaderamente universal que no teme beber y sumergirse en aquellas tradiciones negadas o subvaloradas por una concepción unilateralmente racionalista y cientifista es, con todo, en el mejor sentido, un espíritu occidental. Y, retomando la herencia faústica de Occidente, busca una verdadera síntesis del hombre que ha de incluir (¿cómo olvidar al matemático, al ensayista, al demócrata?) el "mundo de la luz", de la razón, la lógica, la claridad conceptual, el conocimiento esencial (pero no exhaustivo) de la ciencia, el diálogo y la tolerancia, los logros de la técnica moderna, etc. Después de todo, él mismo nos advertirá en estas entrevistas sobre la afinidad

entre el nazismo y una concepción puramente irracionalista de la existencia. Lo que Sábato denuncia entonces, en una tradición de pensamiento que une la crítica de Marx acerca de las alienaciones del hombre contemporáneo, su cosificación y su deshumanización, con la búsqueda del hombre real, singular y reconstituido del existencialismo, es la dimensión "tecnológica" de nuestra civilización, el predominio absolutista del número y la racionalidad instrumental, el culto al Estado, y una secularización que, si necesaria y progresiva en ciertos ámbitos, parece querer reprimir una dimensión irreductible del ser humano, que no se deja aprisionar con el lenguaje limitado que se deriva de la lógica aristotélica y la Razón científica.

Y es aquí, como resalta de este recorrido por su vida y por su obra, donde se expresa la coherencia del pensamiento y las ficciones sabaianas, refractaria a cualquier espíritu de sistema, para un ser esen-

cialmente libre, que no teme rectificarse, así como expresar sus perplejidades y sus ignorancias. "Es verdad —confiesa— que soy una persona llena de contradicciones y dudas; es por esa causa por la que soy ante todo un novelista y no un pensador ni un sociólogo". Ética, estética, política, pedagogía, filosofía, son momentos de la reflexión de Ernesto Sábato, en este libro iluminador, en las que expresa esa búsqueda angustiada pero lúcida hacia la definición del destino del hombre actual, en la que es tal vez la más grande encrucijada de su historia. Y es en relación con el arte, en esa doble condición de creador y crítico, en donde Sábato expresa una concepción más original y profunda. Al arte, le ha cabido siempre una particular responsabilidad en expresar, a la vez, las dimensiones diurna y nocturna del ser humano, en reconstituir su esencia desgarrada y en expresar una dimensión teleológica y esperanzadora, que no se confunde, porque lo trasciende, con un simple programa de reforma política y social.

De este modo, uniendo sus concepciones estéticas y filosóficas con su propio quehacer como artista, Sábato encuentra especialmente en la novela el género artístico por excelencia, que permitirá realizar esa síntesis hoy escindida, en la sociedad y el hombre moderno. "La auténtica rebelión y la verdadera síntesis —nos dice en la novena jornada de este viaje singular— no podía provenir sino de aquella actividad del espíritu que nunca separó lo inseparable: la novela. Por su misma hibridez a medio camino entre las ideas y las pasiones, está destinada a dar la real integración del hombre escindido; al menos en sus más vastas y complejas realizaciones. En estas novelas cumbres se da la síntesis que el existencialismo fenomenológico recomienda. Ni la pura objetividad de la ciencia, ni la pura subjetividad de la primera rebelión: la realidad desde un yo; la síntesis entre el yo y el mundo, entre la conciencia y la inconciencia, entre la sensibilidad y el intelecto". El arte, para este artista integral que no descrea, a pesar de todo, del hombre y de su aventura siempre inconclusa, cumple también una

función catártica, y por ello, en el sentido más profundo, posee una proyección, educadora: "Y aunque estas ficciones no demuestran nada, —dice— dan una visión de la existencia toda, una forma mitológica de mostrar el cielo y el infierno. Así, las grandes ficciones del teatro y la novela no sólo constituyen una descripción de esta formidable crisis, sino que también contribuyen al conocimiento del hombre y a su misma salvación".

Y, en este punto, se encuentran evidentes correspondencias y ecos mutuos, entre la concepción estética de Sábato, con sus concepciones filosóficas, éticas y políticas. Los diagnósticos de los grandes sistemas filosóficos y sociológicos acerca de esta escisión desgarrada del hombre moderno, encuentran un intento de respuesta (conjetural, abierto, nunca dogmático) en sus artículos y ensayos, siempre acompañados de un testimonio personal y político, en donde estas categorías filosóficas y sociológicas o estas mitologías e imágenes, comprometen a su autor, con toda su fuerza, su convicción y su temperamento, en la indagación sobre las encrucijadas del hombre de nuestra era. Es éste el mismo Sábato que ha evitado, la fácil tentación para el intelectual contemporáneo, de avalar los totalitarismos modernos, sean ellos de izquierda o de derecha, y que ha sabido huir del trágico malentendido y del "manoseo", proios según él, de la fama y la popularidad, asumiendo su vocación y su destino como escritor, con honestidad, con talento, con hondura, con oficio.

Coherente con estas escogencias morales, artísticas y existenciales, se halla su propia posición política, que encontró un momento estelar de proyección con el papel protagonista que tomaría al ser elegido Presidente de la Comisión de Derechos Humanos nombrada en 1983 por el presidente Alfonsín para juzgar a los artífices de la "guerra sucia" que asoló a Argentina en la década del setenta. Habiendo evitado la tentación mesiánica de la política partidaria y militante, tan propia del escritor latinoamericano, este hombre de carácter nos dirá, al final de este viaje alrededor de sí mismo: "En

sentido restringido no es menester que un escritor o un artista hagan política. Y mucho menos con su arte, ya que las obras de arte que se hacen para defender un partido o una iglesia son siempre superficiales cuando no decididamente abominables. Pero como ciudadano, un escritor tiene el deber moral, precisamente por ocupar un lugar decisivo en la sociedad, de denunciar y protestar cuando se cometen atrocidades contra la libertad y la dignidad del hombre".

Sábato se ha sumergido en la parte demoníaca del hombre del mundo, ha recreado algunas de sus pesadillas más siniestras y sopeado, como científico, como crítico y como Artista sus fuerzas agresivas y autodestructivas, en el nivel de cada individuo, y en el nivel de la especie. Sabe que vivimos un momento límite en la historia del género humano. Descreído de iglesias y partidos, no puede ya confiar en una "solución" final de la historia, en una reconciliación definitiva del ser humano, en una síntesis armónica de todas sus contradicciones. Pero Ernesto Sábato no es un pesimista y, mucho menos, un escéptico. Su apuesta última, en la existencia, en el pensamiento y la ficción, es por la vida, por la expresión totalizadora del hombre, por la lucha infatigable, como artista, intelectual y ciudadano, por valores humanistas, estéticos, democráticos y universales.

"Quizás lo que querría que yo le dijese —responde a su entrevistador— ahora que estamos en confianza, es en qué creo, finalmente. Si en la esperanza o en la desesperanza. Y bien, le diré que sí, que siempre he tenido esperanzas, quizá precisamente porque creo que la vida es trágica y negra. En un mundo perfecto no habría necesidad espiritual ni psicológica de esperanza. Si nace y resurge después de cada calamidad es porque, en general, queremos vivir y hasta desesperadamente".

Para estos tiempos de penuria política y espiritual, ¿no son estas palabras un valioso y animador legado de quien rubrica estas consideraciones con una de las más válidas y profundas obras de ficción y pensamiento, producidas en este final de siglo y de milenio?